

SAN AGUSTIN

# EVANGELIO DE SAN JUAN

VOLUMEN II

Notas y Traducción por  
**Juan Leal y Bartolome Bejarano**

Serie  
Los Santos Padres  
N.º 39

APOSTOLADO MARIANO  
Recaredo, 44  
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2263-1991

I.S.B.N.: 84-7770-179-2

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

## IN MEMORIAM

*El 24 de enero de 1945, tras breve enfermedad, entregó a Dios su alma el P. Bartolomé Bejarano, a los 68 años de edad y 44 de vida religiosa. Fue un gran profesor de Teología Moral y un excelente latinista. En sus últimos años había tomado con gran calor la lectura de los Santos Padres. Los doce tratados de este volumen son casi del todo obra suya y fue lo último que hizo en su vida. El tratado 24 lo terminó el 13 de enero de 1945 y la muerte le sorprendió, siempre sigilosa y sin que se espere, cuando había empezado el tratado 25.*

*Ha dejado también otras traducciones, que procuraremos sacar a la luz.*

*Al año de su muerte sale la presente, porque no hemos podido revisarla antes. Descanse en paz el apóstol infatigable y desde el cielo bendiga a los lectores de estas páginas tan hermosas de San Agustín.*

*Juan Leal, S.I.*

## TRATADO XIII

Desde aquellas palabras: Después de esto vino Jesús a la tierra de Judea, etc., hasta aquellas: Mas el amigo del esposo, que está para asistir y atender a lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo (Jn. 3, 22-39)

I. El orden de la explicación del Evangelio de San Juan, según podéis recordar los que miráis por vuestro aprovechamiento es que expliquemos hoy lo que acaba de leerse. Recordaréis que hemos explicado ya todo lo precedente hasta lo que ahora se ha leído. Y, aunque quizás habréis olvidado gran parte de la explicación, seguramente que recordaréis al menos, hasta dónde llegábamos.

Lo que os dije sobre el bautismo de Juan, aunque no lo recordéis todo, al menos algunas cosas de las que oísteis eran tales que no habrán ido de vuestra memoria: como aquello que, os dije del Espíritu Santo, por qué apareció en figura de paloma; y cómo se resolvió aquella intrincadísima cuestión de qué cosa era la que ignoraba Juan acerca del Señor, y la aprendió por la paloma; pues la ignoraba cuando dijo al Señor que le pedía el bautismo: *¡Yo debo ser bautizado por ti, y tú vienes a mí!*; y le respondió el Señor: *Déjame hacer ahora, para que cumplamos toda justicia* <sup>1</sup>.

2. Ahora, pues, el orden de lo leído nos obliga a volver de nuevo a ese mismo Juan. El es aquél que profetizó Isaías: *Voz que clama en el desierto: Preparar el camino al Señor, enderezad sus caminos* <sup>2</sup>. Este testimonio dio a su Señor y (por dignación suya) a su amigo: mas también su Señor y amigo dio a su vez testimonio a Juan. Pues dijo de él: *Entre los nacidos de mujer no se ha levantado uno mayor que Juan Bautista* <sup>3</sup>. Menor por el nacimiento, mayor por la potestad, la divinidad, la majestad, la gloria: como que, *En el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios*.

En lo que vimos en las lecciones anteriores de tal manera había dado Juan testimonio al Señor, que le llamó, sí, Hijo de Dios, mas no le llamó Dios, aunque tampoco negó que lo fuera: calló la divinidad del Señor, pero no la negó; mas tampoco la calló por completo: quizá encontremos esto en la lección de hoy. Le había llamado Hijo de



Dios: mas también los hombres han sido llamados hijos de Dios. Había dicho que era tan grande su excelencia, que no era él digno de desatar la correa de su calzado <sup>4</sup>.

Ahora bien, esta grandeza indica mucho, pues no era digno de desatar su calzado aquél de quien Cristo había dicho: *No se ha levantado uno mayor entre los nacidos de mujer*. Porque era más que todos los hombres y los ángeles.

Ahora bien, vemos que un ángel impidió que se postrase a sus pies un hombre. Pues en el Apocalipsis estando un ángel enseñándole algunas cosas a Juan, el que escribió este Evangelio, aterrado por la grandeza de la visión, cayó Juan a los pies del Angel en actitud de adorarle; mas el Angel le dijo: *Levántate, no hagas tal cosa; que yo soy un consiervo tuyo y de tus hermanos* <sup>5</sup>. Impidió, pues, un ángel que se postrase a sus pies un hombre. ¿No es, pues, evidente que está sobre todos los ángeles aquél, de quien un hombre, el mayor de los nacidos de mujer, dijo que él no era digno de desatar la correa de su calzado?

3. Sin embargo, díganos Juan algo, más claro todavía; porque nuestro Señor Jesucristo es Dios. Busquemos esto en la lección de hoy, pues precisamente cantábamos ahora de él: *Reinó Dios sobre toda la tierra*: contra lo cual cierran obstinados sus oídos los que creen que no reina más que en Africa. Pues al decir: *Reinó Dios sobre toda la tierra*, ¿de quién se dice eso sino de Cristo? Porque ¿qué otro rey tenemos nosotros sino a nuestro Señor Jesucristo? El es nuestro único rey.

¿Y qué habéis oído cantar en el mismo salmo en un verso que ahora mismo resonaba? *Cantad salmos a nuestro Dios; cantad a nuestro rey, cantad*. Al que llamó Dios a ese mismo llamó también rey nuestro. *Cantad salmos a nuestro Dios: cantad salmos a nuestro rey, cantad entendiendo*. No vayas a creer que aquel a quien cantas es rey de una sola región: *Porque es Dios de toda la tierra* <sup>6</sup>.

¿Y cómo es rey de toda la tierra el que nadie vio sino en un solo sitio, en Jerusalén, en la Judea, andando entre los hombres que nace como otro hombre cualquiera, toma el pecho, y crece, y vela, y duerme, y se sienta fatigado al pie del pozo, y le prenden luego, y le azotan, le escupen, le coronan de espinas, lo cuelgan de un leño, lo alancean, y muere y es sepultado? ¿Cómo es, pues, Rey de toda la tierra? Lo que en un solo sitio veían, carne era, y carnales ojos la percibían; mas en carne mortal, inmortal majestad se escondía.

¿Pero qué ojos pueden ver la inmortal majestad a través de la carnal compage? Otro ojo hay, hay un ojo interior. Pues no carecía de ojos Tobías cuando, ciego de los del cuerpo, daba a su hijo consejos de vida <sup>7</sup>. Este guiaba de la mano a su padre para que anduviese: aquél aconsejaba a su hijo para que marchase por la senda de la justicia. Ojos veo acá y ojos allá. Mejores los del que aconsejaba que los del lazarillo que al ciego guiaba.

Ojos así quería Jesús cuando a Felipe decía: *¿Tanto tiempo con vosotros, y aún no me conocéis?* Tales requería también al decirles: *Felipe, el que a mí me ve, a mi Padre ve* <sup>8</sup>.

Estos ojos en la inteligencia están, en la mente están. Por eso, al decir el Salmo, *Porque rey de toda la tierra es Dios*; añadió al punto: *Cantad con inteligencia*. Porque al decir: *Cantad salmos a nuestro Dios, cantad*; llamó a Dios rey nuestro. Mas a nuestro rey lo habéis visto ente los hombres, como un hombre, lo visteis padecer, lo visteis crucificado, lo visteis muerto. Algo se escondía en aquella carne que visteis con ojos de carne. ¿Qué se escondía? *Salmead inteligentemente*; no busquéis con los ojos lo que se ve con la mente. *Salmead con la lengua*, sí, porque carne fue entre vosotros; mas el sonido exterior sea para la carne, para Dios, la mirada de la mente. *Cantad sabiamente*, pues veis que *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*.

4. Deponga ahora Juan dénos también él su testimonio. *Después de estas cosas vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea, y allí moraban con ellos y bautizaba*. Bautizado bautizaba. Mas no bautizaba con el mismo bautismo con que fue bautizado. Bautizaba el Señor bautizado por su siervo, mostrando así el camino de la humildad y conduciendo al bautismo del Señor, esto es, al suyo, dando ejemplo de humildad, pues no desdeña el bautismo del siervo. En el bautismo del siervo se preparaba el camino al Señor, y éste, bautizándose, se hizo camino a los que a él vienen.

Oigámosle a él: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* <sup>9</sup>. Si la verdad buscas, sigue el camino: porque la misma cosa son la verdad y la vida. Uno es el término a do vas por el camino por dos vas. No vas por uno a otro; no vas a Cristo por otro que Cristo. Por Cristo vas a Cristo. ¿Cómo por Cristo a Cristo? Por Cristo hombre a Cristo Dios: por el Verbo hecho carne al Verbo que en el principio era Dios en Dios; desde aquél que ha comido el hombre, a aquél que cada día comen los ángeles. Pues así está escrito: *Pan del cielo les dio, pan de ángeles comió el hombre* <sup>10</sup>. ¿Quién es el pan de los ángeles? *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era*

*Dios. ¿Cómo comió el hombre pan de ángeles? Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* <sup>11, 12</sup>.

5. Aunque hemos dicho que comen los Angeles, no vayáis a creer, hermanos, que esto se hace con los dientes. Pues si así hubiera de entenderse, como que despedazarían a Dios los Angeles que le comen. ¿Quién despedaza la justicia? Pero me replicará alguno: ¿Y quién come la justicia? ¿Pues y aquello: *Bienaventurado los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos?* <sup>13</sup>. El manjar material que comes para mantenerte, perece; sustentándole, se consume; pero come la justicia; tú te sustentas, y ella permanece íntegra. Así también percibiendo esta luz corporal se sustentan nuestros ojos, y es una cosa material y corpórea, que se ve con los ojos del cuerpo. Pues a muchos de estar por largo tiempo en la oscuridad, se les debilita la vista como de ayuno y privación de luz. Privados de su mantenimiento lo ojos (pues se alimentan de la luz), se cansan, se fatigan con ese ayuno y se debilitan de tal manera, que ni la luz misma, de que se sustentan, pueden ver: y si se prolonga mucho esa privación de luz, se extinguen, y como que muere en ellos la misma facultad de ver. ¿Pues qué?, ¿por ser tantos los ojos que se alimentan de esta luz se aminora acaso ella? No; ellos se sustentan, y permanece íntegra ella. Pues si pudo Dios exhibir a los ojos del cuerpo esta corpórea luz, ¿no podrá mostrar a los corazones limpios aquella luz íntegra y permanente, aquella luz indeficiente y eterna? ¿Y cuál es esa luz? *En el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba con Dios. Veamos si este Verbo es luz: En ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz* <sup>14</sup>.

Acá en la tierra una cosa es la fuente y otra la luz. El sediento busca la fuente, y para ir a la fuente busca la luz: y si no es de día, enciende una lámpara para ir a la fuente. Allá uno mismo es luz y fuente, y para el ciego es luz: ábranse los ojos para ver la luz, ábranse las fauces del corazón para beber de la fuente; lo que bebes eso mismo es lo que ves, eso es lo que oyes. Todo lo es allí Dios para tí; porque todo lo que amas en él lo tienes. Pero si no miras más que a esto visible, ni pan es Dios, ni agua es Dios, ni luz, ni vestido, ni casa es Dios. Porque todas estas cosas son visibles y muy diversas entre sí: el pan no es agua, ni el vestido es casa, y nada de eso es Dios: porque todo eso es cosa visible y *el Rey inmortal de los siglos es invisible* <sup>15</sup>.

Todo lo es Dios para ti: si estás hambriento, pan es: si sediento, agua es; si en tinieblas luz es; si estás desnudo, vestido es, y vestidura



inmortal será cuando *lo corruptible se vista de incorrupción*, y *lo mortal se vista de inmortalidad* <sup>16</sup>.

De Dios todo puede decirse, pero nada se dice dignamente de El. Nada más rico que esta inopía. Busca para El un nombre apropiado y no lo hallas; quieres sólo expresarte de cualquier modo, y lo encuentras todo. ¿En qué se parece el león al cordero? Pues, uno y otro llamaron a Cristo: *He aquí el Cordero de Dios* <sup>17</sup>. ¿Y león? *Venció el león de la tribu de Judá* <sup>18</sup>.

6. Oigamos a Juan: *Bautizaba Jesús*. Hemos dicho que bautizaba Jesús. ¿Cómo Jesús? ¿Cómo el Señor? ¿Cómo el Hijo de Dios? ¿Cómo el Verbo? Pero el Verbo se hizo carne. *Y estaba también Juan bautizando en Enon junto a Salim. Enon era un lago. ¿De dónde se colige que era un lago? Porque había allí mucha abundancia de agua; y venían y se bautizaban. Porque todavía no había sido Juan encarcelado*. Recordaréis que os dije ya por qué bautizaba Juan (ahora os lo repito): Porque convenía que fuese bautizado el Señor. ¿Y por qué convenía que el Señor fuese bautizado? Porque muchos habían, de despreciar el bautismo, engreídos porque les parecía que tenían mayor gracia que otros ya bautizados. V. gr., el catecúmeno que guarda continencia despreciaría al casado, diciendo que es mejor que él, que está ya bautizado. Ese catecúmeno podría decir en su interior: ¿qué necesidad tengo yo de recibir el bautismo para tener lo que éste tiene, sí tengo yo cosa mejor? Pues para que esta arrogancia no precipitase a algunos que presumen demasiado de sus méritos, quiso el Señor ser bautizado por su siervo, como diciendo a esos hombres altivos: ¿Por qué os ensorberbecéis, por qué os engreéis, por tener uno prudencia, otro ciencia, otro castidad y otro fortaleza y paciencia? ¿Tenéis acaso tanto como yo, que os lo he dado? Y no obstante, yo fui bautizado por mi siervo, ¿y os desdeñáis vosotros de serlo por vuestro Señor? Esto es aquello: *Para que se cumpla toda justicia* <sup>19</sup>.

7. Pero dirá alguno: bastaba, pues, que bautizase Juan al Señor; ¿qué necesidad había de que Juan bautizase a otros? También esto, lo hemos dicho, porque si Juan no hubiera bautizado más que al Señor, no hubiera faltado quien pensase que Juan tenía un bautismo mejor que el del Señor. Pues hubieran dicho: Tan grande fue el bautismo de Juan que sólo Cristo fue digno de ser bautizado con él. Para probar, pues, que era mejor el bautismo del Señor, y que se entendiese que aquel era bautismo propio de un siervo, y el otro era bautismo del Señor, fue bautizado el Señor, para darnos ejemplo de humildad. Para

esto fue delante con su ejemplo nuestro Señor Jesucristo, como habéis oído, para que no se desdigne ningún arrogante de recibir el bautismo del Señor, pretextando su mucha virtud. Pues por muchos progresos que haga un catecúmeno lleva sobre sí la carga de su iniquidad: no se le perdona, sino cuando viene al bautismo<sup>20</sup>. Así, como no se vio libre el pueblo de Israel de los egipcios, sino cuando llegó al mar Rojo<sup>21</sup>; así tampoco se libra ninguno del peso de sus pecados hasta que venga el bautismo.

8. *Suscitóse, pues, una disputa entre los discípulos de Juan y algunos judíos acerca del bautismo*: Bautizaba Juan, bautizaba Cristo: concurrían a Cristo y venían de Juan. Porque los que iban a Juan los remitía a él a que los bautizase Cristo, y los que bautizaba Cristo no los enviaban a Juan. Turbáronse, pues, los discípulos de Juan, y comenzaron a cuestionar con los judíos, como suele suceder. Es de creer que dijeron los judíos, que era mayor Cristo y que debían ir todos a su bautismo. Los otros, que no habían entendido aún la cosa, defendían el bautismo de Juan. Fueron a Juan con la cuestión para que él la resolviese. Entienda vuestra Caridad. Aquí se ve la utilidad de la humildad, y cómo, aunque erraban sus discípulos en la controversia, no quiso gloriarse Juan, ni atribuirse nada. Podía haber dicho: Decís verdad, tenéis razón, mejor es mi bautismo. Y para que os convenzáis, al mismo Cristo lo he bautizado yo. Podía haber dicho esto Juan, pues había bautizado a Cristo. ¡Cuánto hubiera podido extenderse en sus alabanzas, si hubiera querido! Pero sabía quien a quién se humillaba: precedióle en el nacer, pero confesó gustoso su absoluta superioridad, reconociéndole por su Salvador. Ya se había dicho antes: *De su plenitud recibimos todos*<sup>22</sup>: También esto es confesarle por Dios. Pues ¿cómo pueden recibir de su plenitud todos los hombres, si él no es Dios? Pues si de tal manera es hombre que no es también Dios, también recibe él de la plenitud de Dios, y así no es Dios. Pero si todos los hombres reciben de su plenitud, él es la fuente, y ellos los que beben. Los que beben de la fuente, pueden tener sed y beben; la fuente nunca siente la sed; la fuente no necesita de sí. Todos necesitan de la fuente; abrasada de sed sus entrañas secas las fauces, corren a la fuente para apagar su sed: la fuente fluye para común reparo; así nuestro Señor Jesús.

9. Veamos qué respondió Juan: *Acudieron a Juan sus discípulos, y le dijeron: Maestro, aquel que estaba contigo a la otra parte del Jordán, de quien diste un testimonio tan honorífico, he aquí que se ha*

*puesto a bautizar, y todos se van a él; esto es: ¿Qué dices? ¿No debe prohibírseles, para que vengan más bien a ti? Respondióles el: No puede el hombre recibir cosa alguna si no le fuere dado del cielo. ¿De quién pensáis que dijo Juan ésto? De sí mismo. Como hombre que soy, del cielo lo he recibido todo. Enteraos bien. No puede el hombre recibir cosa que no le sea dada del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo. Como diciendo: ¿Por qué os llamáis a engaño? ¿Cómo os atrevéis a proponerme semejante cuestión? ¿Por qué me decís: Maestro el que estaba contigo al lado allá del Jordán, al cual tú diste testimonio? ¿No sabéis el testimonio que le di? ¿Queréis que diga ahora que no es el que dije que era? ¿Habiendo, pues, recibido yo algo del cielo para que fuese algo, queréis que sea ahora una cosa vana hablando contra la verdad? No puede el hombre recibir cosa que no le sea dada del cielo. Vosotros me sois testigos de que yo dije: Yo no soy el Cristo. ¿No eres tú el Cristo? ¿Y si eres mayor que él, pues le bautizaste? Yo he sido enviado: pregone-ro soy, el juez es El.*

10. Y oye otro testimonio mucho más grave mucho más expreso, mucho más vehemente. Ved lo que intentan, ved lo que hoy pretenden de nosotros! mirad lo que debemos amar; mirad que es adulterio amar a un hombre en lugar de Cristo. ¿Por qué estoy diciendo esto? Atendamos a la palabra de Juan: cabía errar acerca de él, podía ser tenido por el que no era; rechaza de sí el falso honor,, por poseer la sólida verdad. Mirad cómo llama a Cristo y a sí: *El que tiene la esposa es el esposo*. Sed castos, amad al esposo. Mas ¿qué eres tú que nos dices: *Es esposo el que tiene la esposa; mas el amigo del esposo, que está para asistirle y atender a lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo?*

Dios nuestro Señor me asista como lo necesita la gran emoción de mi corazón, para que pueda expresar mi intenso dolor, porque me embarga del todo el sentimiento y el llanto; pero os suplico por amor de Cristo que os hagáis caro y supla vuestra comprensión lo que yo no pudiese expresar, pues veo que mi dolor no puede bastante-mente ponderarse. Porque veo a muchos adúlteros qu pretenden poseer una esposa comprada a tanta costa, a la que su esposo amó cuando era fea para hermosearla <sup>23</sup>, y siendo tal su comprador, su libertador, su her-moseador, intentan, digo, poseerla y todos sus discursos enderezan a que los amen como a esposos. De El se dijo: *Este es el que bautiza* <sup>24</sup>. ¿Quién sale ahora diciendo: Yo soy el que bautizo? ¿Quién viene



diciendo: Lo que yo doy es lo santo? ¿Quién se presenta diciendo: Es preciso que nazcas de mí? Oigamos al amigo del esposo, no a los adúlteros: oigamos al que muestra celo, pero no en su provecho.

11. Hermanos, volved con la consideración a vuestras casas; carnales, terrenas son las cosas que digo; *a lo humano hablo por la flaqueza de vuestra carne* <sup>25</sup>. Muchos tenéis mujeres, otros pensáis tomarlas; muchos, aunque las rehusáis en absoluto, de las esposas de vuestros padres sois nacidos: no hay corazón libre de este afecto; no hay hombre tan descastado, tan apartado del comercio humano, que no entienda lo que estoy diciendo. Suponed que un hombre al partir para un largo viaje, encomendara su mujer a un amigo, diciéndole: Ruégote, caro amigo, que cuides de que, en mi ausencia, en vez de mí, no tenga mi mujer otros amores. ¿Qué detestable no aparecería ese hombre a todo el mundo si guardase la mujer de su amigo de todos los demás, pero pretendiese ser amado de ella en vez de su amigo ausente, y quisiera abusar de la que le encomendaron? Cógela en cierta ocasión mirando por la ventana y bromeando con alguno, y la reprende luego al punto con gran celo: mas, ¿para quién cela? ¿para quién despliega tanto ardor?, ¿para su amigo ausente o para sí?

¿Quién hizo esto sino nuestro Señor Jesucristo? Encomendó su esposa a un amigo, marchó a lejas tierras a tomar posesión de su reino, como dice El en su Evangelio <sup>26</sup>, y sin embargo, presente está en su majestad inmensa. Bien pueden engañar al amigo que parte a ultramar, y ¡ay del que le engañe! Mas a Dios, que penetra los corazones de todos, a Dios, a quien nada se oculta, ¿quién es el necio que pretende engañarle?

Levántase un celoso hereje y dice: Yo soy yo, el que doy cosas grandes, yo santifico, yo justifico, no vayas a aquella secta. Gran celo, ¡vive Dios! mas ¿para quién cela? No, vayas a los ídolos, buen celo: ni a los sortilegios, bien cela. Mas veamos para quién cela: Lo que yo doy es santo, porque soy quien lo da; el que yo bautizo bautizado queda; el que yo no bautizo no está bautizado. Oye al amigo del esposo; aprende a celar por tu amigo: oye su voz: *Este es el que bautiza*. ¿Por qué osas arrogarte lo que no es tuyo?, ¿tan ausente está el que dejó su esposa aquí?, ¿no sabes que el que resucitó de entre los muertos está sentado a la diestra del Padre? Los judíos lo desprecia-ron pendiente del leño, ¿y tú lo desprecias sentado en el cielo.

Sepa vuestra Caridad que esto aflige mi corazón sobre manera: mas, como, ya os dije, a vuestra consideración dejo lo demás. Pues no

puedo decirlo todo, aunque esté hablando todo el día; no basta para llorarlo aunque esté llorando el día entero: aunque tuviera una fuente de lágrimas, como dice el Profeta <sup>27</sup>: aunque me convierta en lágrimas y me haga una pura lágrima, en lenguas y sea todo lenguas, no es nada.

12. Volvamos a nuestro intento, veamos que dice éste: El esposo es el que tiene la esposa; no es mía la esposa. ¿Y no te gozas en las bodas? Vaya si me alegro, dice: *El amigo del esposo, que está de pie delante de él, se regocija en gran manera oyendo al esposo*. No me regocijo, dice por mi voz, sino por la del esposo. Yo escucho, él es el que habla: yo soy el alumbrado, la luz es él; yo soy oyente, él es el Verbo. El amigo del esposo, pues está en pie y le oye, ¿por qué está en pie? Porque no cae. ¿Por qué no cae? Porque es humilde. Mira cuán enhiesto está en lo firme: *No soy digno de desatar la correa de su calzado* <sup>28</sup>. Con justicia te humillas, con razón no caes, con razón escucha al esposo y te gozas de oír su voz. También el Apóstol mostraba gran celo, mas no para sí, sino para el esposo. Oye su voz: *Celoso estoy de vosotros con celo de Dios*; no mío, ni para mí, sino con celo de Dios. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿A cuál celas? ¿Y para qué la celas? *Porque os desposé con un solo varón, para presentaros casta virgen a Cristo*. Pues entonces, qué tenéis? ¿Por qué estás tan celoso? *Pues temo no sea que, así como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, sean estragadas vuestras inteligencias, perdida la lealtad y santidad que debéis a Cristo* <sup>29</sup>. Virgen llama a toda la Iglesia. En la Iglesia, como véis, hay diversos miembros dotados de muy diversos dones: hay casados y casadas, hay viudos y viudas que no quieren segundas nupcias; los hay que desde niños han guardado su integridad, y doncellas que han hecho a Dios voto de virginidad; dones son diversos, pero todos ellos son una sola virgen. ¿Dónde está esta virginidad? Porque en el cuerpo no. De pocas es y, si en los varones puede llamarse virginidad, pocos guardan en la Iglesia la santa integridad corporal, y esos son los miembros más honorables: los demás miembros no la tienen en el cuerpo, pero en el alma, la guardan todos. ¿Y cuál es la virginidad del alma? La fe íntegra, la esperanza sólida, y la sincera caridad. Esta virginidad temía aquel que velaba celoso por el esposo que fuese depravada por la serpiente. Porque así como los miembros del cuerpo se violan en un sitio, así la seducción de las perversas lenguas viola la virginidad del alma. Lenguas perversas eran aquellos que Pablo llama *pseudoapóstoles, obreros tramposos y*



*engañadores que se transfiguran, y se disfrazan de apóstoles de Cristo* <sup>30</sup>. Procure, pues, no pervertirse en el alma la que no quiera guardar en vano, la virginidad corporal.

13. ¿Y qué diremos, hermanos, pues también los herejes tienen vírgenes y muchas vírgenes? Veamos sí, al guardar virginidad, aman al esposo. ¿A quién se la guardan? A Cristo, dice. Veamos si a Cristo o a Donato, veamos a quién guardan esa virginidad; en seguida lo podéis saber. Yo os muestro al esposo, porque él mismo se da a conocer; Juan es testigo: *Este es el que bautiza*. ¡Oh tú, virgen! Si guardas para este esposo la virginidad, ¿por qué corres a ese que dice: Yo soy el que bautizo, siendo así que el amigo del esposo dice: *Este es el que bautiza*?

Además, tu esposo posee todo el orbe; ¿por qué te corrompes, pues, en una sola parte? ¿Quién es el esposo? *Porque rey es Dios de toda la tierra* <sup>31</sup>. Tu esposo lo posee todo, porque lo compró todo. Mira en cuando lo compró, para que veas lo que compró, ¿qué precio dio? Su sangre dio. ¿En dónde la dio? ¿En dónde derramó su sangre? En la pasión. ¿No cantas tú a tu esposo o te figuras que le cantas, cuando fue comprado el mundo: *Taladraron mis pies y mis manos, contaron todos mis huesos; ellos me miran y contemplan, se han repartido, mis vestidos y echan suertes sobre mi túnica* <sup>32</sup>. Esposa eres, reconoce la vestidura de tu esposo. ¿Qué vestidura sortearon? Pregunta al Evangelio; mira con quién te desposas, mira quién te da las arras. Pregunta al Evangelio. Mira lo que te dice en la pasión del Señor. *Había allí una túnica: veamos cuál: Era la túnica sin costura tejida toda desde arriba*. ¿Qué significa la túnica tejida desde arriba, sino la caridad? ¿Qué significa la túnica de un solo tejido, sino la unidad? Atiende a esta unidad, que ni los perseguidores de Cristo rompieron. Porque dice: *Dijeron entre sí: No la rompamos, sino echemos suertes de ella, a ver a quién le toca* <sup>33</sup>. Habéis oído el salmo. La vestidura no la rasgaron los perseguidores; a la Iglesia la rasgan y despedazan los cristianos.

14. Mas, ¿qué decir, hermanos? Veamos claramente qué compró, pues allí lo compró donde dio el precio. ¿Por cuánto lo dio? Si lo dio por el Africa, seamos Donatistas, y no nos llamemos Donatistas, sino Cristianos, puesto que Cristo no compró más que el Africa; pero aun aquí no todos son Donatistas.

Mas no calló en su trato lo que compró, hizo escritura. No nos engañó, a Dios gracias. Menester es que lo oiga aquella esposa, y por

allí entienda a quién, ofrendó su virginidad. Allí en el mismo Salmo en que se dijo: *Traspassaron mis pies y manos; y contaron todos mis huesos*; en donde se profetiza clarísimamente la pasión del Señor. Salmo que se lee en la última semana, ante todo el pueblo, próxima ya la pasión, y se lee lo mismo entre ellos que entre nosotros; bien claro nos dice lo que compró, recítense las escrituras del contrato; oíd lo que allí compró: *Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra; y se postrarán ante él las gentes de todas las regiones: porque de él es el reino, y él dominará a las naciones* <sup>34</sup>. He aquí lo que compró. He aquí que tu esposo *es Dios y Rey de toda la tierra*, ¿por qué, pues quieres reducir a andrajos a un Señor tan rico y poderoso? Reconócelo, El lo compró todo ¿y tú dices: No tienes aquí más que una pequeña parte? ¡Oh si agradaras al esposo! ¡Oh si hablaras incorrupta y no comprimida y, lo que peor es, del corazón, no ya del cuerpo! A un hombre amas en vez de Cristo, amas al que dice: Yo soy el que bautizo: no escuchas al amigo del esposo que dice: *Este es el que bautiza*; no oyes al que dice: *El amigo del esposo que está para asistirle, y atender a lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo*.

15. Es, pues, evidente, hermanos míos, que a esos nada les aprovecha el guardar virginidad, nada el tener continencia, nada el dar limosnas; todas estas cosas, tan alabadas en la Iglesia, nada, absolutamente nada les aprovechan. ¿Por qué? Porque rasgan la unidad, esto es, la túnica aquella de la caridad. ¿Qué hacen? ¿Qué maquinan? ¿Qué peroran? Elocuentes los hay entre ellos, disertos, facundos, grandes oradores, grandes lenguas, Ródanos de elocuencia. ¿Hablan, por ventura, lenguas de ángeles? Oigan al amigo del esposo, que cela el bien de éste y no el suyo propio. *Aunque yo hablara las lenguas de todos los hombres y de los mismos ángeles, si no tengo caridad soy como bronce que suena o como campana que retiñe* <sup>35</sup>.

16. ¿Pero qué es lo que dicen? Nosotros tenemos el bautismo. Lo tienes, mas no es tuyo. Una cosa es tener y otra poseer como dueño. Bautismo tienes, porque recibiste la gracia de ser bautizado; la recibiste como iluminado, si, por tu malicia, no te quedaste a oscuras; y cuando lo das, como ministro lo das, no como dueño; como pregonero clamas, no como juez. Por boca del pregonero habla el juez, y sin embargo, en las actas no se escribe: el pregonero dijo, sino el juez dijo. Por tanto, ve si es tuyo lo que das, o has recibido de otro esa potestad. Y si la has recibido, confiesa con el amigo del esposo: *No*

*puede el hombre recibir cosa alguna, si no le es dada del cielo. Confiesa con el amigo del esposo: El que tiene la esposa es el esposo, y el amigo del esposo que está en pie para escucharle y servirle. Mas ¡oh si estuvieras en pie y le escucharas, y no cayeras para oírte a ti! Pues oyéndole a él, estarías firme, levantado y dispuesto para servirle. mas ahora hablas, hablas y te engrías, y te llenas de humo la cabeza.*

Yo, dice la Iglesia, pues soy la esposa, y recibí las arras, y fui redimida con su sangre, oigo la voz del esposo: y la voz del amigo del esposo, entonces la oigo, cuando da gloria a mi esposo, y no a sí. Diga el amigo: *El que tiene, la esposa es el esposo: que el amigo del esposo está para escucharle, y cumplir sus órdenes, y se regocija con la voz del esposo.*

¿Qué tienen los sacramentos? Te lo concedo. Tienes la forma, la figura, más el sarmiento, cortado ha sido de la vid: tú te muestras la figura, yo busco la raíz; de la figura no sale el fruto, sino donde hay raíz; ¿y en dónde está la raíz sino en la caridad? Oye la figura de los sarmientos; habla Pablo. *Aunque sepa todos los sacramentos (todos los misterios) y tenga toda la profecía, y toda la fe (¿y cuánta fe?) de tal modo que traspase los montes, si no tengo caridad, nada soy*<sup>36</sup>.

17. No hagáis, pues, caso de cuentos y fábulas. ¿Que Poncio hizo un milagro, que Donato se puso en alta contemplación y le respondió Dios desde el cielo? Primeramente, o se engañan ellos, o engañan a otros. Luego, supón que traspasa los montes. *Si no tengo caridad, nada soy.* Veamos si ha tenido caridad. Lo creería, si no hubiera rasgado la unidad. Pues también contra éstos, por decirlo así; milagrosos, me previno mi Dios diciendo: *Levantaránse en los últimos tiempos falsos Cristos y falsos profeta que harán milagros y prodigios para inducir a error, si posible fuera, a los mismos elegidos. Vosotros por tanto, estad sobre aviso, ya véis que os lo he predicho todo*<sup>37</sup>. Precabidos, pues, nos quiere el esposo, para que no nos dejemos engañar ni de milagros. Pues a veces un desertor del ejército viene metiendo miedo a los pacíficos ciudadanos, mas el que no quiere verse engañado, ¿qué hace?; mira bien si pertenece aún a las filas y le vale algo el distintivo que ostenta. Aferrémonos, pues, bien a la unidad, hermanos míos; fuera de ella el que hace milagros es nada.

En la unidad estaba el pueblo de Israel, y no hacía milagros: fuera de ella estaban los magos de Faraón, y hacían prodigios semejantes a los milagros de Moisés<sup>38</sup>. El pueblo de Israel no los hacía, como antes dije: ¿quiénes estaban salvos delante de Dios; los que los hacían o los que no los hacían?



El apóstol San Pedro resucitó un muerto <sup>39</sup>; también Simón mago hizo muchos prodigios <sup>40</sup>; había allí muchos cristianos que no podían hacer ni lo que hacía Pedro ni lo que hacía Simón; mas era muy grande su alegría. ¿Y de qué se alegraban? De que sus nombres estaban escritos en el cielo; pues también Nuestro Señor Jesucristo dijo esto mismo a los setenta y dos discípulos que volvían de predicar el reino de Dios. Porque se gloriaban ellos diciendo: *He aquí, Señor, que hasta los mismos demonios se nos sujetaban en virtud de tu nombre*. Buena confesión fue ésta, pues honraban con ella el nombre de Cristo; pues, no obstante, ¿qué les dijo? *No os alegréis de que se os rindan los malos espíritus; alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en los cielos* <sup>41</sup>.

Pedro lanzó los demonios; una viejecilla viuda o un lego cualquiera que tienen fe y caridad, no hacen eso; Pedro en el cuerpo es ojo, el otro es dedo, pero está en el mismo cuerpo que Pedro; y aunque vale menos el dedo que el ojo, no está, sin embargo, separado del cuerpo. Mejor es ser dedo y estar en el cuerpo, que ser ojo arrancado del cuerpo.

18. Por tanto, hermanos, no os dejéis engañar ni seducir de nadie: amad la paz de Cristo que fue crucificado por vosotros, siendo Dios. Pablo dice: *Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento* <sup>42</sup>. ¿Y hay ente nosotros quien diga que es algo? Si decimos que somos algo, y no le damos a él la gloria, adúlteros somos, para nosotros queremos el amor, y no para el esposo. Vosotros amad a Cristo y a nosotros en él, en el cual os amamos también nosotros. Aménse mutuamente los miembros, más vivan todos bajo la cabeza. Bajo una impresión muy dolorosa me he visto precisado a decir muchas cosas, y todavía han sido pocas: no he podido terminar la explicación de lo leído; Dios nos asistirá con su gracia, para terminarla oportunamente; pues no he querido cansar demasiado vuestros corazones, que deseo se deshagan en gemidos y oraciones por los que son sordos aún y no quieren entender.

## Notas

1. Mt. 3, 14, 15.

2. Is. 40, 3.

3. Mt. II, II.

4. Jn. I, 34, 27.

5. Apoc. 22, 8, 9.

6. Ps. 46, 3, 7, 8.

7. Tob. 4.

8. Jn. 14, 9.

9. Jn. 14, 6.

10. Ps. 77, 24, 25.

11. Jn. 1, 14.

12. Per Christum ad Christum venis. Quomodo per Christum ad Christum? Per Christum hominem ad Christum Deum; ab eo quod manducavit homo, ad illud quod manducant angeli. Sic enim scriptum est. *Panem caeli dedit eis: panem Angelorum manducavit homo* (Ps. 77, 24, 25). Quis est panis Angelorum? *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum*. Quomodo panem Angelorum manducavit homo? *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis* (Jn. 1, 14).

13. Mt. 5, 6.

14. Ps. 35, 10.

15. I. Tim. 1, 17.

16. I Cor. 15, 53, 54.

17. Jn. i, 29.

18. Apoc. 5, 5.

19. Mt. 3, 15.

20. Habla San Agustín del catecúmeno que *desprecia* o *desdeña* el bautismo cristiano. A este tal de nada le sirve la enmienda de vida, de nada su jactanciosa caridad para el perdón de sus pecados, pues el hecho mismo de no querer recibir el bautismo que Cristo prescribe tan categóricamente, prueba que no quiere cumplir su voluntad y que no le ama.

Otra cosa sería si no pudiendo recibir el bautismo por el momento, estuviera arrepentido de sus pecados y dispuesto a bautizarse en la primera ocasión posible. Entonces, con la contrición perfecta y el deseo del bautismo, obtendría la justificación y remisión de sus pecados.

21. Ex. 14.

22. Jn. i, 16.

23. Ef. 5, 26, 27.

24. Jn. 1, 33.

25. Rom. 6, 19.

26. Lc. 19, 12.

27. Jer. 9, 1.

28. Jn. 1, 27.

29. 2 Cor. 2, 3.

30. 2 Cor. 11, 13.

31. Ps. 46, 8.

32. Ps. 21, 17-10.

- 33. Jn. 19, 23, 24.
- 34. Ps. 21, 28, 29.
- 35. I Cor. 13, 1.
- 36. I Cor., 13, 1, 2.
- 37. Mc. 13, 22, 23.
- 38. Ex. 7, 12, 22; 8, 7.
- 39. Act. 9, 40.
- 40. Act. 8, 10.
- 41. Lc. 10, 17, 20.
- 42. I Cor. 3, 7.

## TRATADO XIV

Desde aquellas palabras: Mi gozo es cumplido, etc., hasta aquellas: El que rehúsa creer en el Hijo, no verá la vida, sino que permanece siempre sobre él la ira de Dios (3. 29-36).

1. El pasaje del Santo Evangelio que acaba de leerse nos enseña, hermanos carísimos, la excelencia de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y la humildad del hombre que mereció ser llamado amigo del Esposo: a fin de que sepamos distinguir entre un mero hombre y un Hombre Dios. Porque Nuestro Señor Jesucristo, el Hombre Dios, es Dios antes de todos los siglos y hombre en nuestro siglo: Dios del Padre y hombre de la Virgen, pero un solo Señor y Salvador Jesucristo, Hijo de Dios, Dios y hombre. Mas delante de él fue enviado Juan, dotado de una gracia sobresaliente, iluminado por aquel que es la luz misma. Pues de Juan se dijo: *No era él la luz, sino que vino a dar testimonio de la luz*. Puede llamarse, y con razón se llama él, también luz, pero iluminado (o participante), no iluminante (o foco irradiante o comunicante). Porque una cosa es la luz que ilumina, y otra la luz que es iluminada: nuestros ojos se llaman también luces; y, sin embargo, ábrelos en la oscuridad y hallarás que nada ven. La luz iluminante, en cambio, de sí misma es luz, para sí y para otros objetos, sin necesitar de otra luz para lucir e iluminar, al paso que todas las otras necesitan de ella tanto para iluminar a otros objetos, como para brillar y lucir en sí.

2. Confesó, pues, Juan como habéis ya oído otro día, lo que era; porque, como Jesús iba teniendo más discípulos, vinieron a él contándoselo, como instigándole contra Jesús y moviéndolo a envidia diciendo: Mira que aquel de quien tú diste tan honorífico testimonio, va conquistando más discípulos que tú: mas ¿qué contestó Juan? Confesó lo que era, y así mereció pertenecer (como discípulo) a Cristo, por no haber osado decir que era lo que Cristo. ¿Qué dijo, pues, Juan? *No debe el hombre tomarse nada, sino lo que le fuere dado del cielo*<sup>1</sup>. Luego Cristo da, y el hombre recibe. *Vosotros mismos sois testigos de lo que dije: Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado delante de*

el, como Precursor suyo<sup>2</sup>. El esposo, es el que tiene la esposa; mas el amigo del esposo, que le acompaña y le oye, se alegra grandemente de oír la voz del esposo<sup>3</sup>. No se gozó de sí; pues quien de sí quisiera gozarse, tendrá tristeza en vez de gozo: mientras que quien de Dios se goza tiene gozo perpetuo, porque Dios es sempiterno. ¿Deseas tener un gozo sempiterno? Pues júntate y adhiérete a Aquel que es sempiterno. Tal hizo Juan. Por la voz del Esposo, dice, se alegra el amigo del esposo, no por la suya: y está de pie a su vera, escuchándole. Si no está en pie, sino caído, no le escucha: pues de aquel que cayó (del diablo) se dijo: *Y no se mantuvo en la verdad*<sup>4</sup>. Luego el amigo del esposo debe estar firme y oír. Y ¿qué es estar firme? Permanecer en la gracia que de él recibió. Y oye su voz, y al oírla se llena de gozo. Así era Juan. Estaba bien penetrado de cuál era la raíz y el fundamento de su gozo: no se atribuía lo que no era: sabía que era iluminado, no iluminador<sup>5</sup>. *Era luz verdadera*, dice el Evangelista, *que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*. Si a todo hombre, también al mismo Juan, pues también lo era. Porque, aunque no hubo hombre mayor entre los nacidos de mujer, también él era nacido de mujer. ¿Habrá quien ose compararlo con Aquel que nació porque quiso, y por eso conoció nueva generación y nuevo parto, porque quiso nacer de nuevo? Las dos generaciones del Señor son ambas inusitadas y extraordinarias, así la divina como la humana. Según la divina no tiene madre, según la humana, carece de padre.

Uno, pues, entre los nacidos, pero dotado de mayor gracia, de tal manera que entre los hijos de mujer no se ha levantado ninguno mayor que él, dio tan ilustre testimonio de Cristo, que lo llamó Esposo, y a sí solamente amigo del Esposo, indigno, no obstante, de desatar la correa de su calzado.

Y de esto basta con lo que Vuestra caridad ha oído ya: veamos lo que sigue, que es, por cierto, bastante difícil de entender. Mas, como dice el mismo Juan que *no puede recibir el hombre nada, si no le fuere dado del cielo*: cualquier cosa que no entendamos, preguntémosela al que lo concede todo desde el cielo; porque somos hombres, y no podemos recibir cosa alguna, si no nos la da Aquel que no es hombre.

3. Con esto, dice Juan, *con esto mi gozo es cumplido*. Y ¿cuál es su gozo? Alégrase de oír la voz del esposo. Entiendan los hombres todos que nadie debe alegrarse de su saber, sino de la sabiduría que ha recibido de Dios. No pretendía más, y así no perderá la que tiene.



Pues muchos se hicieron necios e insensatos por blasonar de sabios. Repréndelos el Apóstol y dice de ellos: *Porque el conocimiento de Dios existe en ellos; pues Dios se lo manifestó*. Oíd lo que dice de algunos impíos desagradecidos: *Dios se lo manifestó. Porque los atributos invisibles de Dios se hacen visibles por la creación del mundo, conocidos por la inteligencia de sus obras; tanto su eterno poder como su divinidad: de suerte que son inexcusables!* ¿Por qué inexcusables? *Porque habiendo conocido a Dios* (no dijo, porque no le conocieron) *habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, antes se desvanecieron en sus pensamientos, y se entenebreció su insensato corazón, de manera que alardeando de sabios, se embrutecieron* <sup>6</sup>. Porque si conocieron a Dios, conocieron al mismo tiempo que no los había hecho sabios, sino Dios. No debieron, pues, atribuirse a sí lo que no tenían de sí mismos, sino a Aquel de quien lo habían recibido. Mas no dándole las debidas gracias, en castigo, fueron dejados en su insipiente; porque Dios quitó a los ingratos lo que había dado a los (que a su mera y gratuita bondad fueron) gratos.

No quiso Juan ser así, sino agradecido: confesó paladinamente que todo lo había recibido y dijo qu se alegraba por la voz del Esposo. Llenóse la medida de mi gozo.

4. *Es preciso que El crezca, y que yo mengüe*. ¿Qué significa esto? Es necesario que el sea exaltado y yo humillado. Y ¿cómo crece Jesús? ¿Cómo crece Dios? El Perfecto no crece. Dios ni crece ni mengua. Porque si crece, no es perfecto; si disminuye, no es Dios. Pues siendo Dios, ¿cómo crece Jesús? ¿Acaso en la edad, por haberse dignado ser hombre y niño, y siendo Verbo de Dios, estar reclinado en un pesebre, y siendo Creador de su madre, tomar de ella la leche en su infancia? ¿Se dijo, por ventura, *Es preciso que el crezca y yo mengüe* por haber crecido Jesús en la edad y en el cuerpo? Mas en este sentido, ¿cómo entenderlo? Pues Juan y Jesús, por lo que hace al cuerpo, eran de la misma edad con sólo seis meses de diferencia. A un tiempo habían crecido y si el Señor hubiera querido prolongar su estancia en la tierra y que le acompañara Juan, así como habían crecido a una, así hubieran podido también envejecer juntamente. ¿Por qué dice, pues *Preciso es que El crezca y que yo mengüe*? En primer lugar ya el Señor tenía treinta años <sup>7</sup>; ¿acaso crecen todavía los hombres a los treinta años? Ya con esa edad comienzan a declinar los hombres a la edad más madura y de allí a la vejez. Mas aunque hubieran sido

ambos niños, no hubiera dicho: *Preciso es que El crezca y que yo mengüe*, sino conviene que ambos a una crezcamos. Mas en aquella sazón, ¿qué sentido pueden tener esas palabras? De treinta años era el uno; de treinta el otro; pues la diferencia de seis meses no da pie para diversificar las edades: más puede ayudarnos a aceptar en este punto la lección y la consideración que el aspecto y diferencia de los cuerpos.

5. ¿Qué es, pues, *El debe crecer y yo menguar*? Gran misterio es éste, entienda Vuestra Caridad. Antes que el Señor Jesús viniera al mundo, gloriábanse los hombres de sí; mas vino a aquel hombre, para que fuese en mengua la gloria del hombre y en auge la de Dios. Porque vino él sin culpa y los halló a todos culpados. Y pues vino a perdonar pecados, de Dios (su misericordia y su gracia), y confiese el hombre (su indignidad y malicia). Porque la confesión del hombre es humildad: la clemencia y misericordia divinas, alteza, glorificación y ensalzamiento de Dios <sup>8</sup>. Si vino, pues, El para perdonar al hombre sus culpas, reconozca el hombre su indignidad, y Dios dispensará su misericordia y su gracia. *Justo es que El crezca y que yo mengüe*: esto es, bien es que El de y que yo reciba, que El reciba la gloria y yo confiese mi culpa. Entienda el hombre el grado y puesto que le corresponde, y alabe a Dios; y oiga lo que dice el Apóstol a un hombre soberbio y engreído: *¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Si pues lo has recibido, ¿de qué te glorías como si no lo hubiera recibido?* <sup>9</sup>. Reconoce, pues, oh hombre, que pretendías alzarte con lo que no es tuyo, que lo has recibido todo de Dios, y humíllate, pues es justo que Dios sea en ti glorificado. Disminúyete en ti y deshazte, para que Dios crezca y aumente en ti.

Estos testimonios y esta verdad significaron también en su pasión Cristo y Juan. Pues Juan, degollado, sufrió disminución y pérdida de su cabeza; y Cristo, creció, subió y fue sublimado y exaltado hasta lo alto de la Cruz: para que también allí apareciese qué cosa es, *Conviene que el crezca y yo mengüe*.

Además nació Cristo cuando los días iban ya comenzando a crecer, y Juan cuando iban comenzando a menguar; de manera que la naturaleza misma y las pasiones de entrambos vinieron a abonar las palabras de Juan: *conviene que El crezca y yo mengüe*.

Crezca, pues, en nosotros la gloria de Dios y aminórese la nuestra, para que también crezca la muerte en Dios. Pues esto dice el Apóstol, esto la Escritura Santa: *El que se gloríe, gloríese en Dios* <sup>10</sup>

¿Gloriarte quieres en tí? Crecer quieres. Pero mal creces para mal tuyo. Pues quien mal crece, con justicia mengua. Crezca, pues, Dios que siempre es perfecto, crezca en ti. Pues cuanto más conoces a Dios y más alcanzas de sus perfecciones y grandezas, más parece que crece Dios en ti. Entendías ayer algo, hoy entiendes más, mañana entenderás mucho más: la luz misma de Dios va creciendo en ti; de este modo, como que crece Dios, que, sin embargo, es y permanece siempre perfecto <sup>11</sup>.

Es como si curasen a un ciego de muchos años y comenzase a ver un poco de luz; y a otro día viera algo más <sup>12</sup>, y más aun el tercer día; a él le parecería que la que iba creciendo era la luz: siendo así que la luz perfecta es, y perfecta permanece, vea él o no vea. Así es también el hombre interior. Progresas y adelante en Dios, y Dios parece crecer en él; mas el se disminuye, abaja y humilla, rebajándose y disminuyéndose en sí, en su concepto y en su gloria, para subir y ser exaltado y sublimado a gloria de Dios.

6. Ya se ve clara y manifiestamente lo que oíamos poco ha: *El que ha venido de lo alto es superior a todos*. Mira y compara lo que atestigua de Cristo y lo que dice de sí. *El que trae su origen de la tierra terreno es y de la tierra habla. El que viene de arriba sobre todos está*, Cristo es: mas *el que procede de la tierra terreno es y de la tierra habla, Juan es*. ¿Y esto es todo, Juan es de la tierra y de la tierra habla? ¿En todo el testimonio que da de Cristo, de la tierra habla? ¿No son voces de Dios las que oye Juan cuando da testimonio de Cristo? ¿Cómo habla, pues, de tierra? Mas lo decía de él (en cuanto) hombre. En cuanto hombre de tierra es, y de tierra habla: que si habla algo divino, habla iluminado de Dios. Pues si no le iluminara Dios, terreno como es, cosas terrenas hablaría. Luego de un lado está la gracia de Dios y de otro, la naturaleza del hombre. Pregúntale ahora a la naturaleza del hombre: nace, crece, aprende lo corriente entre hombres. ¿Qué sabe (así) sino tierra, la tierra? Lo humano habla, eso alcanza, eso rezuma por todos sus poros; ¿cómo ha de juzgar, cómo ha de enjuiciar y apreciar y sospechar el hombre carnal sino carnalmente? Ese es el hombre; a eso se reduce el hombre todo.

Mas venga la gracia de Dios, ilumine sus tinieblas como dice el salmo: *tú iluminarás mi lámpara; iluminas, oh Dios, mis tinieblas* <sup>13</sup>; embista el divino foco a la mente humana y envuélvala toda en sus divinos esplendores, y empezará al punto a decir como Pablo: No yo, sino la gracia de Dios conmigo <sup>14</sup>, y ya no vivo yo, sino que es Cristo



quien vive en mí <sup>15</sup>. Esto es, *Justo es que El crezca y que yo mengüe*. Luego Juan, dejado a sus fuerzas, de tierra es y de tierra habla; y si algo divino le has oído, del iluminante es, no del que recibe la luz.

7. *El que viene de arriba sobre todos está. Y lo que vio y oyó eso testifica; y su testimonio nadie lo recibe. Del cielo viene sobre todos está* Nuestro Señor Jesucristo, de quien arriba se dijo, *Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo*. Está sobre todos, y lo que vio y oyó, eso habla. Porque tiene también Padre el Hijo de Dios; tiene Padre, y oye a su Padre. Y lo que oye a su Padre, ¿qué es? ¿Quién es capaz de explicar eso? ¿Cuándo podrá bastar mi lengua, cuándo mi corazón, ni éste para entender, ni aquella para explicar que es lo que el Hijo oyó del Padre? ¿Será quizá la Palabra del Padre lo que oyó el Hijo? ¿Qué digo oír su Palabra? ¡Si es la misma palabra del Padre! ¿Véis cómo aquí queda muy corta toda conjetura de los humanos pechos, y todo esfuerzo, de la mente que ande a oscuras y a tientas? Oigo a la Escritura decir que el Hijo habla lo que ha oído al Padre <sup>16</sup>; y oigo a la misma Escritura que el Hijo es el Verbo (la palabra) del Padre: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios* <sup>17</sup>. Nosotros hablamos palabras que pasan y vuelan; tan pronto como suena en tu boca tu palabra, pasa; produce su estrépito y remata en el silencio. ¿Te es posible acaso seguir su sonido y pararlo para que permanezca? Y, sin embargo, tu pensamiento permanece; y de ese mismo pensamiento permanente dices muchas palabras que pasan. ¿Qué estamos diciendo, hermanos? ¿Dios al hablar se sirvió de sonidos? ¿Empleó sílabas? Si así lo hizo, ¿en qué lengua habló? ¿En hebreo, en griego, en latín? La variedad de lenguas es necesaria cuando hay diversos pueblos. Aquí, por el contrario nadie, puede decir, ¿Dios habló en ésta o en aquella lengua? Analiza tu pensamiento. Cuando concibes la palabra que quieres expresar: porque voy a decir si puedo lo que en nosotros experimentamos, no cómo hemos de llegar a entenderlo, cuando concibes, pues con la palabra que intentas proferir, quieres decir la cosa concebida, y la misma concepción en tu corazón es ya palabra: todavía no ha salido fuera, pero ya ha nacido en ti para quién sale: si es un latino, buscas voces latinas; si es un griego, piensas palabras griegas; si es un púnico, miras si sabe la lengua púnica; según la diversidad de oyentes empleas diversas lenguas, para expresar la palabra concebida: mas lo que habías concebido en tu mente no estaba encerrado en lengua alguna <sup>18</sup>. Pues no usando Dios al hablar idioma ninguno ni forma

alguna de locución, ¿cómo pudo oírle el Hijo, cuando lo que decía era el mismo Hijo? Pues a la manera que tú tienes en la mente la palabra que hablas, y está en ti, y el concepto mismo es espiritual (pues así como tu alma es espiritual, así es también espíritu la palabra concebida en ella; pues aún no ha tomado cuerpo para ser dispuesto y dividido en sílabas, sino que permanece aún en la concepción del corazón y en el espejo de la mente): así Dios dijo su Palabra, esto es, engendró su Hijo, por el cual creó todos los tiempos. Siendo, pues, el Hijo el Verbo de Dios, y habiéndonos hablado el Hijo no su palabra, sino la Palabra del Padre, quiso hablarse a sí mismo a nosotros, el que hablaba la Palabra del Padre. Esto dijo Juan como era decoroso y conveniente; y nosotros lo hemos explicado como hemos podido. El que todavía no ha concebido en su mente un digno concepto de una cosa tan grande, tiene a dónde dirigirse; tiene dónde llamar, tiene a quién preguntarlo, tiene a quién suplicar, tiene de quién recibirlo.

8. *El que del cielo viene sobre todos está; y lo que vio y oyó eso atestigua y nadie recibe sus testimonios.* Si ninguno, ¿para qué vino? ¿De quiénes habla pues, cuando dice que nadie lo recibe? Hay una multitud preparada para la ira de Dios, la que se ha de condenar con el diablo: de éstos ninguno recibe el testimonio de Cristo. Porque si nadie, absolutamente, ninguno entre todos los hombres, ¿cómo se explica lo que sigue?: *El que ha recibido su testimonio ha atestiguado con su fe* (poniendo su sello, su Visto Bueno) *que Dios es veraz.* Si le preguntaran, tal vez respondería Juan diciendo: Bien se lo que he dicho, al decir Nadie. Porque hay una multitud nacida para la ira de Dios, y conocida desde la eternidad. Pues sabe Dios los que han de creer, sabe los que no han de creer: sabe los que han de perseverar en la fe, y los que han de caer: y tiene Dios contados los que han de ir a la vida eterna; y conoce distintamente este dichoso pueblo. Y si El los conoce y se los dio a conocer por su Espíritu a los profetas, también a Juan. Mirando, pues, éste no con sus ojos (pues de suyo tierra es y de tierra habla), sino con la gracia del Espíritu Santo que recibió de Dios, vio un pueblo impío e infiel: y mirándolo en su infidelidad, dijo: *Ninguno recibe el testimonio del que viene del cielo.* Ninguno, ¿de cuáles? De los que han de estar a la izquierda, de los que han de oír: *Id al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles* <sup>19</sup>.

¿Quiénes son, pues, los que le reciben? Los que han de estar a la derecha, a quienes dirán: *Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde el origen del mundo* <sup>20</sup>.

Vio en espíritu la visión, vio al género humano; los vio mezclados, mas lo que todavía no estaba separado, lo separó él en su entendimiento, lo separó con la visión de la mente, y vio dos pueblos, uno de fieles, otro de infieles, y dijo: *el que vino del cielo sobre todos está, y lo que vio y oyó eso atestigua, y ninguno recibe su testimonio*. Trasládose luego de la izquierda y mirando a la derecha dijo: *Todo el que recibió su testimonio testifica y pone su sello (asegurando) que Dios es veraz. ¿Qué es pone su sello (y asegura) que Dios es veraz, sino que el hombre es mendaz, y Dios es veraz? Porque ningún hombre puede decir lo que es verdad, si no es iluminado por Aquel que no puede mentir. Dios es, pues veraz y Cristo es Dios. ¿Quieres probarlo? Recibe su testimonio, y al punto lo ves. Porque quien recibe su testimonio sella (pone su firma y sello atestiguando) que Dios es veraz. Mas si aún no lo reconoces por Dios, no has recibido aún su testimonio: recíbelo, y así pones tu sello, así valerosamente entiendes, decretoriamente conoces y reconoces que Dios es veraz*.

9. *Porque aquel a quien ha enviado Dios habla palabras de Dios*. El es Dios veraz y enviado de Dios. Dios envió a Dios. Júntalos ambos, un Dios; Dios veraz enviado por Dios. Pregunta acerca de cada uno, Dios es. De ambos, Dios es. No cada uno Dios y ambos dioses, sino cada cual de ellos Dios y ambos Dios. Pues tan grande es allí la caridad del Espíritu Santo, tan grande la paz de la unidad, que si preguntas por cada uno se te responde Dios; y si preguntas por la Trinidad, se te contesta: Dios.

Porque si el espíritu del hombre cuando se adhiere a Dios es un espíritu con El, como claramente lo dice el Apóstol: *El que se allega a Dios es un espíritu con El* <sup>21</sup>: ¿cuánto más el Hijo, igual en todo al Padre, uniéndose con El, es un Dios juntamente con El?

Oíd otro testimonio. Ya conocéis la gran multitud de los que creyeron cuando vendían sus haciendas y ponían a los pies de los Apóstoles el precio para que se repartiera entre todos, según las necesidades de cada uno. Pues bien, de aquella congregación de los santos, ¿qué dice la Escritura? *Tenían un solo corazón y una sola alma en el Señor* <sup>22</sup>. Si la caridad hizo de tantas almas una sola alma y de tantos corazones un solo corazón: ¿cuánto no será la caridad entre el Padre y el Hijo? Sin duda mayor que la que había entre aquellos hombres que tenían un solo corazón. Si pues la caridad hizo de tantas almas una sola alma, y de tantos corazones un solo corazón: ¿te atreverás a decir que Dios Padre y Dios Hijo son dos cosas diversas?



Si son dos dioses, no hay allí suma caridad. Porque si aquí es tan apretado el nudo de la caridad, que de tu alma y la de tu amigo hace una sola, ¿cómo es posible que Dios, Padre y Dios Hijo no sean allí un solo Dios? Lejos, muy lejos (esté) de la fe sincera el sentir tal cosa. En suma, por aquí verás cuánto sobrepuja a todas las otras aquella caridad: Las almas de muchos hombres son muchas, mas si se aman, son una alma: pero pueden llamarse también muchas almas; pueden sí, entre los hombres, porque no es tan grande la unión. Allí, por el contrario, es lícito decir un Dios: mas no es lícito decir dos o tres dioses. Aquí se te recomienda y encarece una alteza y supereminencia de caridad tan grande, que no puede ser mayor.

10. *Aquel a quien Dios envió, palabras de Dios habla.* Decía esto de Cristo para diferenciarse de El. ¿Pues qué? ¿No fue también Juan enviado por Dios? ¿No dijo él mismo *Yo he sido enviado delante de El?* y *el que me envió a bautizar en agua;* y de él se había dicho: *He aquí que yo voy a enviar a mi mensajero, que preparará el camino delante de Mí?* <sup>23</sup>. ¿No habla, por ventura, palabras de Dios aquel de quien se dijo que es más que profeta? <sup>24</sup>. Si pues también a él lo envió Dios, y habla palabra de Dios, ¿cómo para diferenciar a Cristo, nos dice de El, *Aquel a quien Dios envió, habla palabras de Dios?* Pero repara lo que añade: *Pues no le dio Dios el Espíritu con medida.* ¿Qué significa esto, *No le dio Dios el Espíritu con medida?* ¿Encontramos en alguna parte que da Dios el Espíritu con medida? Oye al Apóstol, que dice: Según la medida de la donación de Cristo <sup>25</sup>. A los hombres se lo da con medida. ¿Cómo a los hombres con medida? *A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro la fe en el mismo Espíritu, a otro la profecía, a otro la discreción de espíritus, a otro la interpretación de las lenguas, a otro el don de hacer milagros* <sup>26</sup>. ¿Son, por ventura, todos Apóstoles? ¿Son todos Profetas? ¿Son todos Doctores? ¿Son todos obradores de milagros? ¿Tienen todos la gracia de curaciones? ¿Hablan todos varias lenguas? ¿Interpretan todos? <sup>27</sup>. Una cosa tiene éste y otra aquel; y lo que tiene aquel no lo tiene éste. Medida es, cierta división de dones es. Luego a los hombres se les da con medida, y la concordia es la que allí hace de todos un solo cuerpo.

Así como una influencia recibe el ojo para ver, otra el oído para oír, otra el pie para andar; y, sin embargo, el alma, que lo obra todo, es una sola: en la mano está influyendo para obrar, en el ojo para ver;

así son también los dones de los fieles, distribuidos, como a miembros, a cada uno en su propia medida. Mas Cristo, que es quien lo da, no lo recibe con medida.

11. Porque oye lo que sigue todavía. Como había dicho: *No le da Dios con medida el Espíritu, el Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en su mano*. Añadió: *Puso en su mano todas las cosas*: para que también aquí entendieras con qué diferencia se dijo: *El Padre ama al Hijo*. ¿Por qué, pues? ¿No ama el Padre a Juan? Y, sin embargo, no puso todas las cosas en su mano. ¿No ama el Padre a Pablo? Pues tampoco puso en sus manos todas las cosas. El Padre ama al Hijo: pero como Único, no como adoptado. Así es que todo lo puso en sus manos. Y ¿qué quiere decir *todas las cosas*? Que tan grande y excelente es el Hijo como el Padre. Como igual a Si lo engendró, tal que no fue en El usurpación alguna el ser igual a Dios en la forma o naturaleza divina <sup>28</sup>. *El Padre ama al Hijo y lo puso todo en sus manos*. Luego cuando se dignó enviarnos a su Hijo, no creamos que se nos envió algo menor que el Padre: que el Padre al enviar al Hijo, envió otro igual a El.

12. Pues, juzgando, todavía los discípulos que el Padre es algo mayor que el Hijo, porque veían la carne y no entendían la divinidad, le dijeron: *Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta* <sup>29</sup>. Como si dijeran: Ya te conocemos, y te bendecimos, porque te conocemos: y te damos gracias, porque te has dado a conocer a nosotros, pero a tu Padre no lo conocemos todavía: por eso nuestro corazón está afanoso y ardiendo en santos deseos de ver a tu Padre que te envió: muéstranos, y nada más deseamos de ti: pues nos basta que nos muestres a Aquel mayor que el cual no es posible que exista. Buen deseo, buen anhelo, pero escasa inteligencia del asunto. Viendo, pues, el Señor Jesús a seres tan pequeños preguntando cosas tan grandes, y a Si mismo grande entre pequeños, y pequeño entre pequeños, dijo a Felipe, uno de los discípulos, que era el que le había pedido que le mostrase al Padre: *Felipe, ¿ha tanto tiempo que estoy con vosotros, y aún no me habéis conocido?* <sup>30</sup>. Pudiera entonces haberle contestado Felipe: Te hemos conocido: pero ¿acaso te hemos dicho: Muéstrate-nos? A ti ya te conocemos; por tu Padre es por quien preguntamos. Mas el Señor añadió “incontinenti”: *El que a Mí me ha visto, a mí Padre ha visto*. Si, pues, ha sido enviado igual al Padre, no lo juzguemos por la flaqueza de la carne, sino reconozcamos su majestad vestida, sí, mas no oprimida de la carne. Porque, permaneciendo Dios en



el seno del Padre, se hizo entre los hombres hombre, a fin de que tú, por medio del que para ti se hizo, hombre, te hicieses capaz de conocer y ver a Dios. Porque no podía el hombre conocer a Dios; bien podía el hombre ver al hombre, mas no descubrir (en él) a Dios. Y ¿por qué no podía descubrir a Dios? Porque carecía del ojo del corazón con que descubrirle. Algo enfermo había dentro, y algo sano de fuera: los ojos del cuerpo sanos los tenía, más los ojos del corazón, enfermos. Hízose El hombre (visible) a los ojos del cuerpo: para que, creyendo en el que se pudo ver con los ojos del cuerpo, fuese curado (en los del alma) para alcanzar a ver al que no podías ver espiritualmente. *¿Llevo tanto tiempo con vosotros y aún no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a Mí, ve al Padre.* ¿Por qué no le veían a él? Veíanle a él y no veían al Padre: veían la carne, mas la majestad estaba escondida <sup>31</sup>. Lo que veían los discípulos que le amaron, eso vieron también los judíos que le crucificaron. Dentro, pues, estaba El todo entero, mas de tal manera dentro de la carne, que permanecía también con el Padre: porque no abandonó al Padre cuando vino a la carne.

13. El que piensa claramente no entiende lo que digo: deje para después el entender y empiece por creer: oiga lo que sigue: *El que cree en el Hijo tiene la vida eterna: mas el que rehúsa creer al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios, permanece sobre él.* Todos los que nacen mortales, tienen consigo la ira de Dios. ¿Qué ira de Dios? La que recibió el primer Adán. Porque cuando pecó el primer hombre, y oyó: Morirás sin falta, quedó él sujeto a la muerte y comenzamos a nacer mortales. Bajo la ira de Dios nacemos. Vino del cielo el Hijo, que no tenía pecado, y se vistió de carne, se vistió de mortalidad. Comunicó él con nosotros la ira, de Dios, y ¿seremos nosotros indolentes y perezosos para comunicar con El la gracia de Dios? El que no quiere pues, creer en el Hijo, permanece la ira de Dios sobre él. ¿Qué ira de Dios? Aquella de que dice el Apóstol: *Fuimos, por naturaleza, hijos de ira como todos los demás* <sup>32</sup>. Todos, pues, hijos de la ira, porque venimos de la maldición de la muerte. Cree en Cristo hecho por ti mortal, para que lo alcances inmortal <sup>33</sup>: pues cuando alcances su inmortalidad, tampoco tú serás mortal. Vivías, morías; murió para que vivas. Trajo la gracia de Dios y quitó la ira de Dios. Dios venció la muerte para que la muerte no venciera al hombre.

## Notas

1. Jn. 3, 27.
2. Jn. 3, 28, 29.
3. Jn. 8, 44.
4. Jn. 8, 44.
5. *Sciebat illuminatum se, non illuminatorem.*
6. Rom. 1, 19 ss.
7. Lc. 3, 23.
8. *Confessio hominis, humilitas hominis: miseratio Dei, almitudo.*
9. I Cor. 4, 7.
10. I Cor. I, 13.

11. Este crecer en el conocimiento de Dios es la perfección humana, nuestra verdadera grandeza, nuestro desarrollo vital, conforme a aquella sentencia de Cristo: "La vida eterna está en conocerte a Tí".

No se pase por alto la hermosa comparación con que explica después el crecimiento en la ciencia y luz de Dios.

12. Mc. 8, 24.
13. Ps. 17, 29.
14. I Cor. 15, 10.
15. Gál. 2, 20.
16. Jn. 3, 32.
17. Jn. 1, 1.
18. Hermosa observación que prueba la espiritualidad de la idea y del alma que la concibe.
19. Mt. 25, 41.
20. Mt. 25, 34.
21. I Cor. 6, 17.
22. Act. 4, 32.
23. Mal. 3, 1.
24. Mt. II, 9.
25. Ef. 4, 7.
26. I Cor. 12, 8-10.
27. I Cor. 12, 29-30.
28. Fil. 2, 6.
29. Jn. 14, 8.
30. Jn. 14, 9.
31. *Videbant carnem, sed maiestas latebat.*
32. Ef. 2, 3.
33. *Crede in Christum factum pro te mortalem, ut illum capias immortalem; quando enim ceperis eius immortaliten, nec tu eris mortalis.*

## TRATADO XV

Desde aquel pasaje evangélico: Así que supo el Señor que habían oído los Fariseos cómo Jesús hacía más discípulos, etcétera, hasta aquello: Sabemos que éste es el Salvador del mundo (Jn. 4, 1-42).

1. No es cosa nueva para los oídos de Vuestra Caridad, que el Evangelista Juan, cual águila raudal, vuela muy alto, y, elevándose sobre las caliginosas tierras y dejando bajo sus plantas los negros nubarrones, mira y contempla de hito en hito los esplendores de la eterna verdad; puesto que ya, con el auxilio de Dios, os hemos explicado muchos pasajes de su Evangelio. Y esto mismo que hoy, con la ayuda de Dios, voy a explicaros, no será nuevo para muchos de vosotros; sino que, más bien, que aprender cosas nuevas, será reconocer y recordar las antiguas y sabidas. No obstante, no debe eso fomentar vuestra pereza e indolencia ni disminuir vuestra atención. Porque acaba de leerse y traemos entre manos para explicarlo lo que el Señor Jesús habló con una mujer Samaritana sentado sobre el brocal del pozo de Jacob. Grandes misterios se trataron allí, grandes figuras y semejanzas de cosas que apacientan las almas hambrientas, y restauran las cansadas y lánguidas.

2. *Luego que entendió Jesús que los fariseos habían sabido que él juntaba más discípulos, y bautizaba más que Juan, aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos, abandonó la Judea, y partió de nuevo para Galilea.* No podemos detenernos mucho tiempo aquí en tratar de cosas claras y manifiestas, con riesgo de carecer luego del tiempo necesario para escudriñar y exponer otras oscuras.

Cierto, si el Señor hubiera visto que los fariseos averiguaban los progresos que iba haciendo en bautizar y en allegar discípulos, con intención de servirse de esto para su salvación, para hacerse también ellos discípulos y bautizarse, no hubiera dejado la región de la Judea, sino que hubiera permanecido allí para bien de ellos. Mas como al ver que estaban enterados conoció al mismo tiempo la rabiosa envidia con que miraban sus progresos, porque no se informaban de ello para seguirle, sino para perseguirle, partió de allí.

Podía ciertamente seguir allí sin que le prendieran, si El no quería; y no ser conducido a la muerte, como la oveja al matadero <sup>1</sup>, si El no quería; como pudo no nacer, si no hubiera querido: mas, como en todo lo que hizo como hombre quiso dar ejemplo a los que en El habían de creer, obró de esta manera el Maestro Bueno, no por temor, sino para enseñanza. Porque es cierto que no pecan los siervos de Dios que se retiran a otro lugar hurtando el cuerpo a la furia de sus perseguidores que pretenden quitarles la vida; pero tal vez les parecería que faltaban en esto, si no hubiera precedido el Señor con su ejemplo.

3. Quizá encontrarán dificultad algunos al oír primero que Jesús bautizaba más que Juan, y luego, a continuación, que Jesús no bautizaba, sino sus discípulos. ¿Qué hay, pues? ¿Era falso lo primero y se corrigió al añadir que Jesús no bautizaba, sino sus discípulos? O ¿son verdad ambas proposiciones, porque Jesús bautizaba y no bautizaba? Bautizaba, sí, porque limpiaba; no bautizaba, porque no lavaba. El ministerio corporal lo proporcionaban los discípulos, la virtud y ayuda de la majestad, el Maestro. ¿Cómo ha de dejar de bautizar el que no cesa nunca de limpiar? Por eso dijo de El Juan: *Este es el que bautiza*. Todavía, pues, sigue bautizando Jesús, y no cesará mientras haya bautizadores. Acércate con toda seguridad al inferior ministro, pues tiene un superior Maestro.

4. Mas acaso diga alguno: Bautizaba, sí, Cristo en el espíritu, mas no en el cuerpo. Como si hubiera alguien que recibiera el sacramento del bautismo corporal y visible por don y concesión de otro fuera de El. ¿Quieres ver cómo bautiza El no sólo con su virtud y Espíritu, sino también con agua? Oye al Apóstol: *Como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla, purificándola con el lavatorio del agua por la palabra* (de vida), *a fin de hacerla parecer ante Sí llena de gloria, sin mácula, ni arruga, o cosas semejante, sino santa e intachable* <sup>2</sup>. Purificándola. ¿Con qué? Con el baño del agua por la palabra. ¿Qué es el bautismo de Cristo? El baño del agua con la palabra. Quita el agua, no hay bautismo: quita la palabra, no hay bautismo.

5. Dicho esto, pasa el Evangelista a narrar la conversación con aquella mujer; veamos lo que resta, todo lleno de arcanos, preñado de misterios. *Debía, por tanto, pasar por la Samaria. Llegó, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar* (o Siquem), *próxima a la heredad que dio Jacob a su hijo José. Y estaba allí* (el pozo llamado) *la fuente*



de Jacob. Era pozo: pero todo pozo es fuente (o manantial) no toda fuente es pozo. Porque donde quiera que el agua mana de la tierra, y se aprovechan de ella las gentes, se llama fuente: pero cuando es *agua de pie*, que brota a flor de tierra, se llama solamente fuente; si, por el contrario, mana honda y sin subir a flor de tierra, sin perder el nombre de manantial o fuente, se llama pozo.

6. *Jesús, pues, cansado del viaje, se sentó sin más sobre el brocal del pozo. Era como la hora de sexta.* Ya empiezan los misterios. Porque no en vano se fatiga Jesús; no en vano se fatiga la fortaleza de Dios; no en vano se fatiga Aquel por quien los fatigados se reponen y rehacen; no en vano se fatiga Aquel, cuyo desamparo nos fatiga, cuya presencia nos vigoriza y fortalece <sup>3</sup>.

Fatígase, sin embargo Jesús; y, cansado del viaje, se sienta, y se sienta cabe la fuente, y se sienta cansado a la hora de sexta. Algo nos indican todas estas circunstancias, algo quieren decirnos; nuestra atención están llamando, a llamar nos invitan. Abranos, pues a mí y a vosotros El que se dignó exhortarnos diciendo: *Llamad y se os abrirá* <sup>4</sup>.

Por ti se fatigó Jesús caminando. Hallamos en Jesús la Fortaleza, hallamos la debilidad: fuerte y débil a un tiempo; fuerte, porque *al principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: El estaba al principio con Dios.* ¿Quieres saber cuán fuerte y poderoso es este Hijo de Dios? *Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El nada se hizo:* y sin trabajo ni fatiga. ¿Quién, pues, más fuerte que Aquel que hizo todas las cosas sin trabajo alguno? ¿Quieres ahora conocer su debilidad y flaqueza? El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. La fortaleza de Cristo te creó, la flaqueza de Cristo te reformó <sup>5</sup>. La fortaleza de Cristo hizo que lo que no era fuese: la flaqueza de Cristo hizo que lo que existía no pereciese. Creónos su fortaleza, y buscónos su flaqueza.

7. El flaco y enfermo alimenta y nutre a los enfermos y débiles, como la gallina a sus polluelos: que a ella le plugo compararse: *¿Cuántas veces, dijo a Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos bajo mis alas, como la gallina a sus polluelos, y tú no quisiste?* <sup>6</sup>. ¿No veis, hermanos, la gallina cuando cría, cómo se pone pálida y despeluzada? Ninguna otra ave se conoce si está, o no, criando. A cada paso estamos viendo hacer sus nidos y criar, a nuestra vista, pájaros de mil clases, golondrinas, cigüeñas, palomas, vemos cada día hacer sus nidos, sin poder saber si son padres, sino al verlas cobijándolos. La



gallina, pór el contrario, de tal manera enferma y desmejora con su cría, que aunque no la sigan sus hijuelos, aunque no los veas ir tras ella, conoces al punto que es madre. Tal se para, caídas las alas, deslustradas y deshechas las plumas, ronca la voz, y sus miembros todos abatidos y abyectos, de tal modo que, como antes decía, aunque no veas los hijos, conoces que es madre.

Así enfermó y enflaqueció Jesús, cansado, fatigado y deshecho de tan penoso y trabajoso viaje. Ese viaje suyo es la carne que por amor nuestro tomó. Que, de otro modo, ¿cómo pudiera viajar de una parte a otra El que está en todas partes, sin faltar en ninguna? ¿A dónde podía ir ni de dónde, sino porque, a no ser tomando la forma de nuestra carne visible, no hubiera venido a nosotros? Habiéndose, pues, dignado venir a nosotros, y aparecer en la carne asunta en la forma de siervo, la ascensión misma de la carne es su viaje. Por tanto, fatigado del viaje, ¿qué otra cosa es, sino fatigado en la carne? Enfermo y flaco es Jesús en la carne: mas tú no desmayes, ni desfallezcas; sino confía en su enfermedad, y cobra en ella robustez y fortaleza: porque *la flaqueza de Dios es más fuerte y poderosa que los hombres* <sup>7</sup>.

8. En este punto nos da un gran indicio de este misterio *Adán, que era tipo o figura del que había de venir* <sup>8</sup>, o más bien en él nos le dio el mismo Dios. Pues mereció recibir esposa estando durmiendo, y esposa formada de una de sus costillas: porque de Cristo durmiendo en la cruz había de nacer la Iglesia, de su costado abierto, del costado del que dormía: porque del costado de Cristo pendiente en la cruz y abierto a bote de lanza, dimanaron los sacramentos de la Iglesia. Mas ¿a qué traer esta referencia? Porque la flaqueza de Cristo nos hace fuertes. Gran imagen, gran semejanza precedió allí. Porque pudo Dios quitar carne al varón para formar la hembra, y parece que era cosa congruente. Pues el sexo que trataba de hacer era el más flaco, y más conveniente parecía hacer la flaqueza de carne que de hueso, pues los huesos son más fuertes y consistentes que la carne. No le quitó, sin embargo, carne para hacer la mujer, sino que le arrancó un hueso, y de él formó la mujer, llenando con carne el vacío del hueso <sup>9</sup>. Pudo en vez del hueso arrancado ponerle otro hueso, pudo para formar a mujer tomar carne en vez de hueso. ¿Por qué no lo hizo? ¿Qué quiso significarnos con esto? En la costilla como que quedó la mujer hecha fuerte: y en la carne quedó Adán hecho flaco. Son Cristo y la Iglesia; su flaqueza es nuestra fortaleza.

9. Y ¿por qué a la hora sexta? Porque fue en la edad sexta del mundo. Cuenta en el Evangelio (= en la historia religiosa del mundo)

como edad primera desde Adán hasta Noé; segunda, desde Noé hasta Abraham; tercera, desde Abraham hasta David; cuarta, desde David hasta la transmigración de Babilonia; quinta, desde ésta hasta el bautismo de Juan; sexta, la actual. ¿De qué te maravillas? vino Jesús y vino al pozo humillándose. Y vino fatigado porque llevaba carne flaca. A la hora sexta, porque en la edad sexta del mundo. Al pozo, porque a la profundidad y bajeza de esta nuestra morada. De donde en los Salmos se dice: *Desde las profundidades clamé a ti, Señor* <sup>10</sup>. Se sentó, como ya dije, porque se humilló.

10. Y vino una mujer. Figura es de la Iglesia no justificada, sino por justificar, pues esto negocia la conversación. Vino ignorante, lo encontró y comenzó a tratar con ella. Veamos qué, veamos para qué. *Vino una mujer de Samaria a sacar agua* <sup>11</sup>. No pertenecían los Samaritanos a la nación judía; eran extranjeros, aunque circunvecinos. Sería cosa prolija investigar su origen y nos faltaría luego el tiempo para otras cosas más necesarias; baste, pues, saber que no eran Judíos. Y para que no creáis que afirmo esto con más atrevimiento que verdad; oíd lo que dijo el Señor de aquel Samaritano, uno de los diez leprosos que había curado, y fue el único que volvió a dar las gracias: *¿No eran diez los curados?; y los otros nueve, ¿dónde están?; ¿no ha habido quien volviera a dar gracias, sino este extranjero?* <sup>12</sup>. Al sentido figurado de la narración pertenece el haber venido del extranjero esta mujer que era figura de la Iglesia, que se había de juntar de los pueblos gentiles, extraños al judío. En ella, pues, oigamos nosotros a Cristo, y reconozcámonos representados en ella, y en ella demos gracias a Dios por nuestro llamamiento a la fe y religión cristiana. Pues ella era la figura, no la verdad; ella nos representó como tipo y se hizo verdad convirtiéndose. Porque creyó en Aquel que, en ella, nos miraba e invitaba a nosotros. *Vino*, pues a *sacar agua*. Había venido sencillamente a buscar agua como suelen los hombres y las mujeres.

11. *Díjole Jesús: Dame de beber. Los discípulos habían ido a la ciudad a buscar provisiones. Díjole la mujer Samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer Samaritana? Porque no se tratan Judíos y Samaritanos* <sup>13</sup>. Aquí se ve la gente extraña a su nación: rehusaban en absoluto de beber en sus vasijas los Judíos. Y, como llevaba un cántaro para sacar agua, se admiró la mujer de que un Judío le pidiese de beber, cosa que no solían hacer los Judíos. Mas Aquél que le pedía de beber, de lo que tenía sed era de la fe de aquella mujer.

12. En suma, oye quién es el que pide de beber. *Respondió Jesús diciéndole: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, puede ser que tú le hubieras rogado a él, y él te hubiera dado agua viva.* Pide de beber, y promete de beber. Muestra necesidad e indignancia como si fuera a recibir y abundancia como quien va a saciar. *Si supieras, dice, el don de Dios.* El don de Dios es el Espíritu Santo. Más todavía habla a la mujer encubiertamente, y va penetrando poco a poco en su corazón. Tal vez la enseña ya. Porque, ¿qué cosa hay más suave y benigna que esta exhortación? *Si supieras el don de Dios, si supieras quién es el que te dice: Dame de beber, quizá le hubieras pedido y él te hubiera dado agua viva.* Hasta aquí la deja aún confusa y en suspenso. Agua viva se llama comúnmente la que sale del manantial o fuente. Porque el agua de lluvia, que se recoge en lagunas, aljibes o cisternas, no se llama agua viva. Y si mana de una fuente, pero no permanece en ella, sino que la reúnen en alguna alberca separada del manantial, no se llama tampoco agua viva. Agua viva se llama la que se coge del manantial mismo. Tal era la de aquel pozo (de Jacob). ¿Por qué, pues, prometía lo que estaba pidiendo?

13. La mujer, entre confusa y admirada, le dijo: *Señor, ni vasija tienes con que sacar y el pozo es muy hondo.* Mira como entiende el agua viva, el agua que había en aquel pozo. Tú quieres darme agua viva, y yo traigo con qué sacarla, y tú no. Agua viva aquí la hay, ¿cómo me la vas a dar? Entiende otra cosa, y juzgando carnalmente; en cierto modo está llamando para que el maestro abra lo que está cerrado. Llamaba por ignorancia, no con diligencia y deseo: todavía no merecía y requería compasión que instrucción.

14. Habla el Señor luego algo más claro de aquella agua viva. Porque añadía la mujer: *¿Eres tú, acaso, mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió el mismo, y sus hijos y sus ganados.* De esta agua viva no puedes darme, porque no tienes pozal: ¿me prometes, acaso, otra fuente? ¿Vas a ser tu mayor que nuestro padre, que hizo este pozo y usó de él con los suyos? Diga, pues, ya el Señor lo que entiende por agua viva. *Respondióle Jesús: Quien bebe de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le diere, no tendrá jamás sed antes el agua que yo le de se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna* <sup>14</sup>. Aquí habló el Señor mucho más claro: *Se alumbrará dentro de él un manantial que saltará hasta la vida eterna. El que bebiere de esta agua, no*



tendrá ya sed jamás. ¿Qué cosa más evidente de que no prometía agua visible, sino invisible? ¿Qué cosa más evidente de que no hablaba carnal, sino espiritualmente?

15. Sin embargo, todavía juzga aquella mujer carnalmente: agrádole no tener sed, y creyó que esto, según la carne; era lo que el Señor le prometía. Lo cual sucederá también, pero en la resurrección de los muertos. Ya lo quería ella ahora. Pues en cierta ocasión concedió Dios a su siervo Elías el no tener hambre ni sed durante cuarenta días. El que pudo dar esto por cuarenta días, ¿no podrá darlo siempre? Suspiraba ella, porque no quería tener esa necesidad, no quería trabajar. Se veía precisada a venir muchas veces, a aquella fuente, a volver cargada con su cántaro para apagar su sed; y acabadas sus provisiones, tenía que volver de nuevo; y este trabajo era diario; porque la sed se apagaba momentáneamente, mas no se extinguía. Encantada, pues, con tal regalo, le rogaba que le diera agua viva.

16. Mas no pasemos de largo, que el Señor prometía cosa espiritual. ¿Qué significan aquellas palabras, *El que beba de esta agua volverá a tener sed*? Una cosa verdadera respecto de esta agua, y verdadera también respecto de lo que ella significaba. Porque el agua en lo hondo del pozo son los deleites del siglo en tenebrosas profundidades: de aquí los sacan los hombres con el cántaro de las codicias. Porque inclinados hacia el profundo, meten el cántaro de su codicia para llegar hasta el placer y gozarlo; y lo gozan enviando delante su codicia. Porque sin que ésta vaya delante, nadie puede llegar al deleite; cuando llegues, ¡oh hombre!, quienquiera que seas, al deleite de este siglo sea manjar, sea bebida, sean baños, juegos o espectáculos, sea ayuntamiento carnal, ¿por ventura dejarás de sentir nueva sed? *Luego quien beba de esta agua volverá a tener sed: mas el que beba de la mía no sentirá ya nunca sed. Saciados quedaremos y satisfechos del todo con los bienes de tu casa* <sup>15</sup>. ¿Qué agua nos va a dar, pues, sino aquella de que se dijo: *En ti está la fuente de la vida*? <sup>16</sup>. ¿Porque cómo han de tener sed los que... tú embriagas del torrente de tus delicias? <sup>17</sup>.

17. Prometfale, pues, un alimento divino, una hartura y saciedad del Espíritu Santo; mas ella no entendía aún; y así, ¿qué respondió? *Díjole la mujer: Señor, dame de esa agua, para que cese ya mi sed, y no tenga que venir aquí a buscarla*. La necesidad la obligaba al trabajo, que la flaqueza y debilidad rehusaba. Ojalá Dios hubiera oído: *Venid a mí todos los que andáis agobiados de trabajos y cargas, que*



yo os aliviare<sup>18</sup>. Pues esto era lo que Jesús le decía para ahorrarle trabajos, y ella no lo entendía aún.

18. Finalmente, deseando que entendiera, *le dijo Jesús: Ve y llama a tu marido y vuelve* (con él) *acá*. ¿Qué es eso de *Llama a tu marido*? ¿Quería acaso darle agua por medio de su marido? ¿O es que como no entendía, quería, por medio del marido, adoctrinarla? Quizá sería esto, pues dice el Apóstol de las mujeres: *Si quieren saber algo, pregunten en su casa a los maridos*<sup>19</sup>. Mas allí se dice: Pregunten en su casa a los maridos, donde no está Jesús que enseñe: y además se habla allí de las mujeres a quienes prohibía el Apóstol hablar en la Iglesia. Mas cuando el mismo Señor está presente y hablando con ella, ¿qué necesidad había de que le hablara por medio del marido? ¿Por ventura hablaba por su marido a María, asentada a sus pies recibiendo su palabra, mientras Marta, ocupadísima en servirle, murmuraba de la felicidad de su hermana?<sup>20</sup> Oigamos, pues, Hermanos míos, y entendamos lo que dice el Señor, *Llama a tu marido*, mujer. Porque tal vez dice también a nuestra alma. *Llama a tu marido*. Indagamos acerca del marido y varón del alma. ¿No es por ventura Jesús el verdadero esposo de las almas? Atended, que lo que vamos a decir apenas lo entienden sino los que están atentos: atienda, pues, el entendimiento que tal vez sea él mismo el marido del alma.

19. Viendo, pues, Jesús que la mujer no entendía, y deseando que entendiese, le dijo: *Llama a tu marido*. Pues por eso no entiendes lo que digo, porque tu entendimiento está ausente: yo hablo según el espíritu, y tú entiendes según la carne. Lo que yo digo no pertenece ni al deleite de los oídos, ni a los ojos, ni al gusto, ni al tacto; sólo lo comprende la mente, sólo el entendimiento lo alcanza; y pues ese entendimiento no te asiste, ¿cómo vas a entender lo que te digo? *Llama a tu varón*, presente a tu entendimiento. ¿De qué te sirve el tener alma? No es mucho, también las reses la tienen. ¿En qué las superas? En que tienes entendimiento de que ellas carecen. ¿Qué significa, pues, *Llama a tu marido*? No me comprendes, no me entiendes; yo te hablo del don de Dios, y tú entiendes cosas carnales: de la sed material quieres librarte, y yo te estoy hablando del espíritu: tu entendimiento se halla ausente. *Llama a tu marido. No seas como el caballo y el mulo, que carecen de entendimiento*<sup>21</sup>. Por consiguiente, Hermanos míos, el tener alma y no tener entendimiento, esto es, no usarlo, ni vivir según él, es vivir vida de bestias. Hay en nosotros un elemento bestial, que nos hace vivir vida carnal, pero hemos de regir-

lo y gobernarlo con el entendimiento. Pues el entendimiento desde lo alto de su solio, rige los movimientos del alma, que se mueve según la carne, y ansía entregarse a las carnales delicias inmoderadamente. ¿Quién debe llamarse varón, el que rige o e que es regido? Sin género alguno de duda, cuando la vida es ordenada, rige al alma el entendimiento, que pertenece a la misma alma. Pues no es otra cosa diferente del alma, sino algo de la misma alma: así como no es el ojo cosa diferente del cuerpo, sólo él goza de la luz: los demás miembros del cuerpo pueden ser bañados de luz, mas no sentirla; únicamente el ojo se baña de luz y goza además de ella. Así también en nuestra alma hay algo que se llama entendimiento, y a este entendimiento, a esta mente la ilumina una luz superior. Pues bien, esa luz superior, que ilumina a la humana mente es Dios: *pues era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*. Esta luz era Cristo, esta luz hablaba con la mujer: mas ella no estaba presente con su entendimiento, para que aquella luz lo iluminase, y no sólo quedase bañado de ella, sino que la gozase. Era como si el Señor dijera: ilustrar, iluminar deseo, mas no hallo a quién. Llama a tu marido; usa de tu entendimiento, a fin de que por medio de él recibas la dirección y la enseñanza. Considera, pues, al alma, quitado el entendimiento, como hembra; pues el entendimiento como varón. Mas este varón no rige bien a su hembra, sino cuando es él, a su vez, regido por un (principio) superior. Porque *la cabeza de la mujer es el varón, y la cabeza del varón Cristo* <sup>22</sup>. Hablaba la cabeza del varón con la mujer y estaba ausente el varón. Y el Señor como que decía: Trae tu cabeza, para que ella reciba la suya. *Llama, pues a tu varón y ven acá*: esto es, allégate, preséntate, es como si estuvieras ausente. Preséntate, mas no sola; sino acompañada de tu varón.

20. Y ella todavía, no habiendo llamado al varón, no entiende; todavía juzga según la carne, ausente está el varón. *No tengo marido*, dice. Y el Señor sigue hablando misterios. Has de entender que esta mujer, en realidad, no tenía entonces marido, sino que vivía con un hombre que no era marido suyo. Y el Señor le dijo: *Bien has dicho*, con verdad has hablado al decir: *No tengo marido*. Pues entonces, ¿cómo le has dicho: *Llama a tu marido*? Y oye cuán bien sabía el Señor que no tenía marido. Para que no te figures, oh mujer, que al decirte el Señor, *Bien has dicho* que no tienes marido, fue por habértelo oído decir a ti, y no por su ciencia divina: oye algo que tú no le has dicho: *Cinco maridos has tenido y ese que ahora tienes no es marido tuyo; en esto has dicho la verdad*.